



unánimes

Estudios bíblicos

O: Carta a los Romanos

20.- Más que vencedores



unánimes

Estudios Bíblicos

O.20.- Más que vencedores

1. El texto

Romanos 8:31-39

¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada? Como está escrito:

«Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero».

Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.

Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.

2. Introducción

Este es uno de los pasajes más líricos del apóstol Pablo. Aquí hay una maravillosa alusión que impactaría a cualquier judío que conociera bien el Antiguo Testamento: “Por amor a nosotros Dios no escatimó ni el dar a su propio Hijo; no cabe duda de que esa es la garantía definitiva de que nos ama lo suficiente para suplir todas nuestras necesidades”.

Las palabras que usa Pablo refiriéndose a Dios son las mismas que Dios usó acerca de Abraham, que le demostró su lealtad a ultranza cuando estuvo dispuesto a sacrificarle a su propio hijo único Isaac cuando Dios se lo mandó. Dios le dijo: «No te has negado a darme a tu hijo, a tu único hijo». Pablo parece decir: “Considera el ejemplo más grande del mundo que ha dado un hombre de su lealtad a Dios; así es la lealtad de Dios contigo”. De la misma manera que Abraham fue tan leal a Dios que estuvo dispuesto a sacrificarle lo más precioso que tenía, Dios es tan leal a los hombres que estuvo dispuesto a sacrificar a su propio Hijo único por ellos. Sin duda podemos confiar en una lealtad así para todo.

3. ¿Quién contra nosotros?

¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?

Lo que Pablo quiere decir es, “¿A qué conclusión nos llevan estas cosas?” Es probable que la expresión “qué pues diremos a esto” se refiera a todo lo que el apóstol ha escrito hasta ahora en esta epístola. ¿Cuál es, entonces, el resumen de lo que Pablo ha estado diciendo en esta carta?

Él ha indicado que lo que el pecador necesita por sobre todas las cosas es una posición justa ante Dios y que esta justa posición no puede ser obtenida por ningún esfuerzo o mérito humano. Esa bendición inestimable es el don gratuito de Dios y hay una sola manera de obtenerla, a saber, por la fe. La bendición de la salvación ha sido obtenida para todos aquellos—sean judíos o gentiles—que, por medio de la fe, pongan su confianza en el Salvador y reciban por gracia de Dios el regalo de tal salvación. Fue Él quien ganó la salvación para su pueblo por el derramamiento de su sangre. Son salvados por su muerte vicaria. Su resurrección así lo confirma y su intercesión nos sostiene de forma perseverante.

Entonces, si Dios es por nosotros, como lo ha demostrado claramente por medio de lo que hizo y hace por nosotros, ¿quién está contra nosotros? Claro, no es como si todos los enemigos ya hubiesen sido barridos, pero ¿qué puede lograr cualquier enemigo contra nosotros, si Dios está por nosotros?

Cuando Pablo dice: “Si Dios es por nosotros”, él no está poniendo en tela de juicio el cuidado protector, el amor y las promesas de Dios. Muy al contrario, este “si” significa: “Si ... ¡como ciertamente lo está!”

A la luz de todo esto, la pregunta inicial: “¿Qué, pues, diremos en respuesta a estas cosas?” deberá ser contestada con un vigoroso: “Nada tenemos que temer. Ciertamente la victoria está de nuestro lado”.

Pero el apóstol mismo da una respuesta mucho más completa. El comienzo de esta respuesta se encuentra en el próximo versículo:

4. Lo que Dios hizo

El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?

Si esto no significa que en algún sentido la entrega de su unigénito e inconmensurablemente amado Hijo fue para el Padre un genuino sacrificio, entonces las palabras no tienen ya significado ninguno.

Debemos tenerse en cuenta los siguientes hechos:

- a. Dios, el Juez, tiene un Hijo, un único Hijo, muy querido. Dicho Hijo nunca cometió pecado alguno. En todo lo que hacía, complacía a su Padre.
- b. Todos nosotros nos extraviarnos como ovejas, cada uno de nosotros se apartó por su propio camino. Tal y como dijo el profeta:

Isaías 53:6

Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.

Sobre este querido y amado Hijo, Dios ahora pronuncia la sentencia que nosotros merecíamos. Es una sentencia inconmensurable en su severidad y es ejecutada en todo detalle. Dios no escatimó a su Hijo, no mitigó la severidad de la sentencia en manera alguna y el Hijo mismo concordó con el Padre y el Espíritu en todo esto. Él, el Hijo, cargó totalmente con esa horrenda maldición. Tomó la copa de la inexpresable agonía hasta la última gota.

Preguntamos: “¿Por qué fue la maldición quitada de nuestros hombros y transferida al Hijo de Dios?” La respuesta es: Tan profunda, intensa y maravillosamente amó Dios al mundo que dio a su Hijo, el unigénito, para que todo aquel que en Él cree no se pierda, mas tenga vida eterna. ¿No es ese el significado de Juan 3:16?

Hay, por supuesto, una semejanza entre: “Tú [Abraham] no me rehusaste tu hijo, tu único hijo” (Génesis 22:12-16) y “El [Dios] no escatimó ni a su propio Hijo (Romanos 8:32).

Con todo, no es la semejanza lo que llama nuestra atención en primer lugar. Es el contraste. Abraham fue rescatado a último momento y también su hijo Isaac. Pero Cristo cargó con la ira total y voluntariamente.

“... *por todos nosotros*”. En consonancia con el contexto que antecede en forma inmediata, el apóstol debe haber estado pensando en todos aquellos que aman a Dios, que habían sido conocidos de antemano y predestinados, que fueron (o iban a ser) llamados, justificados y glorificados. A esto se pueden agregar las expresiones similares que hay en las afirmaciones que vienen a continuación; a saber, los escogidos, aquellos por quienes Cristo intercede, los que son “más que vencedores”. Fue a estas personas, a todas ellas y solamente a ellas, a quienes los méritos de la muerte de Cristo les habían sido, o les estaban siendo, o les iban a ser, aplicados salvíficamente.

Nuevamente aquí, no es improbable que cuando Pablo dice: “El [Dios] le entregó [a su Hijo] por todos nosotros”, él incluya en su pensamiento esta idea: “Dios entregó a su Hijo tanto por el judío como por el gentil”, por todos sus amados hijos sin restricción de raza, sexo, nacionalidad, posición social, etc.

¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? El argumento va de mayor a menor. Jamás podría haber un don mayor que el regalo de Cristo a la iglesia. Ese don está claramente implícito en la afirmación: “Dios no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros”. Además, aunque entregar a este Hijo fue un sacrificio inconmensurable según lo indican claramente las palabras “Dios no escatimó”, sin embargo, nunca es un don solitario: *¿cómo no nos dará también con Él en su misericordia—es decir, de buena gana, gratuitamente, gozosamente, generosamente—todas las cosas?*

No vemos ninguna buena razón para limitar la expresión “todas las cosas” a bendiciones espirituales, como lo hacen algunos. Pablo era un hombre muy práctico. Sabía que la gente a la que se dirigía eran personas de carne y hueso, que a veces se sentían acosados por preocupaciones de índole terrenal. La expresión “todas las cosas” debe entenderse consecuentemente en un sentido irrestricto: cosas materiales tanto como espirituales; donde tiene el mismo significado amplio.

Pero no es solamente respecto a cuestiones generales, sean ya físicas o espirituales, que surgen las ansiedades. Por debajo de todo lo demás está esa preocupación primordial: “¿Cuál es mi situación ante Dios?” Pablo la contesta así:

5. Nuestro intercesor

¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.

Este texto es probablemente un eco intencional de las palabras que declaró el profeta Isaías:

Isaías 50:8-9

Muy cerca de mí está el que me salva: ¿quién contendrá conmigo? ¡Juntémonos! ¿Quién es el adversario de mi causa? ¡Acérquese a mí! He aquí que Jehová el Señor me ayudará: ¿quién podrá condenarme?...

Las preguntas retóricas *¿Quién acusará a los escogidos de Dios...?* “*¿Quién es el que condenará?*”—implican una vigorosa negación contra la sugerencia que haya algún cargo o condenación que tenga validez. ¿No son éstos los escogidos de Dios? ¿No es eso lo que se implica el texto anterior: “conocidos de antemano ... predestinados”?

La naturaleza lógica de esta respuesta resalta aún más claramente por las palabras que siguen, a saber: “*Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.*”

Notemos aquí en forma especial la frase “más aun” insertada entre la referencia a la muerte de Cristo y su resurrección. Es probable que la misma exprese no solamente la relación secuencial entre los dos primeros elementos, sino entre todos los elementos de la serie. Por cierto, por medio de la muerte de Cristo fueron borrados los pecados de su pueblo. Pero este hecho fue establecido y puesto fuera del alcance de toda exitosa contradicción posible por medio de la resurrección de entre los muertos. Y la exaltación del Hijo de Dios a la diestra de Dios que simboliza el honor, el poder y la autoridad otorgados a Él como recompensa por su obra mediadora plenamente lograda, fortalece aún más esta conclusión.

El clímax de la certeza es alcanzado en la cláusula: “*el que también intercede por nosotros*” porque, ¿cómo se podría imaginar que el Padre se negaría a atender las oraciones intercesoras del Hijo que tan plena, maravillosa y gloriosamente cumpliera la tarea que le fue dada? ¿Acaso no le dijo el Hijo mismo al Padre: “Yo sabía que siempre me oyes”?

6. La separación imposible

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro o espada?

He aquí otra pregunta que quiere decir: “Nadie podrá jamás separarnos del amor que Cristo tiene por nosotros”. La referencia no es a nuestro amor por Cristo, sino al amor de Cristo por nosotros, como lo indica claramente el texto: “por medio de aquel que nos amó”.

Dar una descripción o definición adecuada de ese amor de Cristo es imposible. Todo lo que podemos hacer es balbucear. Podríamos decir, por ejemplo, que es aquella generosa disposición del compasivo corazón de Cristo que se reveló en la acción más maravillosa y abnegada que se hizo jamás. Dios es amor, y dado que Cristo es Dios, también Cristo es amor.

Pablo enumera siete circunstancias que podrían ser traídas a consideración al contestar la pregunta de si algo nos podría separar del amor de Cristo:

- a. **tribulación, (b) angustia.** No sólo es “tribulación” una buena traducción de la primera de las siete palabras griegas, sino que hasta está relacionada etimológicamente a la misma. Aunque la palabra aparece más de cuarenta veces en el Nuevo Testamento, el apóstol recurre a ella solamente cuatro veces. En los primeros tres casos, ambas palabras, tribulación y angustia, figuran juntas. El hecho de que Pablo use ambas palabras indica que en su mente había una distinción entre ellas. La sugerencia de varios expositores que las dos palabras usadas en el original se refieren respectivamente a aflicción externa y a angustia interna, probablemente sea correcta. En el Nuevo Testamento Pablo es el único escritor que usa la palabra angustia, y aun en sus epístolas se encuentra solamente cuatro veces.

- c. **persecución.** En el Nuevo Testamento este vocablo aparece por primera vez en el Sermon del Monte y luego en la parábola del sembrador.
- d. **hambre.** La palabra en el original significa hambre, hambruna. Aparece por vez primera en el evangelio de Mateo cuando Jesús habla de los últimos tiempos: “Habrá hambres y terremotos en diversos lugares”. Aunque la palabra es utilizada una docena de veces en el Nuevo Testamento, Pablo sólo la usa aquí y en la segunda carta a los Corintios.
- e. **desnudez.** Muchas veces el significado de esta palabra es más general de lo que desnudo podría sugerir; por ello necesitado de ropa es a veces una mejor traducción.
- f. **peligro.** Este sustantivo ocurre aquí y ocho veces en la segunda carta a los corintios.
- g. **espada.** palabra de frecuente uso en el Nuevo Testamento, comenzando con Jesús en el evangelio de Mateo 10:34: “Yo no he venido a traer paz sino una espada”. Pablo sólo la usa aquí y en la carta a los Efesios.

No debemos olvidar que Pablo, al hablar de estas adversas circunstancias que Satanás y otros enemigos de la cruz usaban para efectuar una separación entre los creyentes y su Señor, no lo hacía como teólogo académico o como filósofo. Al contrario, él ya había sufrido las primeras seis de estas siete tribulaciones antes de redactar la carta a los romanos. Además, por medio de la séptima, es decir, la espada, él sería ejecutado. El apóstol hablaba no sólo por inspiración sino también por experiencia; por ello, al decir que ninguna de estas cosas puede causar una separación entre los creyentes y su Señor, ¡él sabía de qué hablaba!

Además, al implicar que “nada nos separará del amor de Cristo”, ¿no estaba también diciendo: “Al contrario, el sufrir por amor a Cristo nos acercará a Él y a su amor”? A los Filipenses les escribió: “Porque a vosotros os ha sido concedido por causa de Cristo, no sólo creer en él, sino también sufrir por él”.

7. El sufrimiento victorioso

Como está escrito:

«Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero».

Al citar Salmo 44:22, Pablo demuestra que nada hay de extraño o inesperado respecto al sufrimiento de hoy en día por causa del Señor. El salmista confiaba en Dios. ¿Cómo hubiera podido de otra manera exclamar: “¿Tú eres mi Rey, oh Dios”? ¿Y cómo hubiera podido decir: “En Dios nos gloriamos todo el día”?

Con todo, él no obtenía de sufrimiento el consuelo que Pablo tenía en sus experiencias dolorosas. De otro modo no hubiera podido decir: “¡Despiértate, oh Señor! ¿Por qué duermes? ¡Despierta! No nos rechaces para siempre”.

El apóstol, por otra parte, entendió que sufrir por Cristo significaba entrar en una comunión más estrecha con Él. Tal sufrimiento era una ganancia, no una pérdida. ¿Dónde aprendió Pablo esta lección? ¿Será posible que él la haya aprendido no sólo de su experiencia y por inspiración directa, sino también de la tradición, por haberle transmitido los primeros creyentes las palabras de Jesús? Fue Jesús quien había dicho en el Sermón del Monte:

Mateo 5:10-12

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados seréis cuando por mi causa os insulten, os persigan y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo.

Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que vivieron antes de vosotros.

8. La separación imposible

Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Pablo ha estado hablando de tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro y espada. En ese momento hasta parecía que él no podía pensar en otra cosa que en sufrimientos y dificultades. No obstante, su intención era precisamente la opuesta: deseaba enfatizar que en medio de todas estas desagradables experiencias—en realidad, aun por medio de ellas y con su ayuda—somos más que vencedores. No solamente que al fin seremos vencedores; no, ya ahora somos más que vencedores. Y esto no—digámoslo inmediatamente—por causa de nuestro maravilloso carácter y resuelto valor.

¿Qué quiere el apóstol decir cuando llama a los creyentes “más que vencedores”? ¿Quiso decir: ¿Estamos logrando una victoria total y rotunda”? Sin duda quiso decir eso. ¿Pero es eso todo lo que quiso decir? Las palabras, al fin y al cabo, deben interpretarse a la luz de su contexto. El apóstol dice: “en todas estas cosas”. La referencia apunta, por supuesto, a las cosas enumeradas antes. Otras “cosas” y “seres” serán añadidas en un momento, las que se mencionan más adelante: la muerte, la vida, los ángeles, etc. La estructura de la frase indica que éstas también han de añadirse.

Hay una estrecha relación entre los versículos 28 y 37. La semejanza se hace más evidente cuando ambas líneas son colocadas la una bajo la otra:

Versículo 28

“Y sabemos que a los que aman a Dios todas las cosas colaboran para bien”

Versículo 37

“No, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio del aquel que nos amó”

Visto que nuestro amor por Dios nace de su amor por nosotros—secuencia que nunca falla, ya que por naturaleza no amamos a Dios—las dos afirmaciones se parecen la una a la otra también en esto. No son iguales, pero ciertamente son similares.

Una vez que esta estrecha relación es captada, comenzamos a entender que lo que Pablo está diciendo es que no se trata solamente de que estas diversas dificultades y fuerzas no nos dañan, sino que en realidad nos ayudan: todas ellas colaboran para bien. Es por esta razón que él afirma que en conexión con ellas somos más que vencedores. Un vencedor es una persona que derrota al enemigo. El que es más que vencedor hace que el enemigo sea una ayuda.

Si alguien conoció el significado de ser “más que vencedores”, esa persona debe haber sido Pablo. Él fue precisamente el apóstol “más que vencido” por Dios ¡De acérrimo perseguidor había pasado a ser un entusiasta partidario! Con razón él podía decir: “Estoy convencido”. ¡¿y cómo no?!

8.1. Los pares

8.1.1. ni la muerte ni la vida

Vista la mención recién hecha de la muerte, no sorprende que Pablo haga de esta palabra la primera de la serie. Las preguntas de los salmistas respecto a la posibilidad de comunión entre Dios y el hombre aun después de la muerte son contestadas aquí con un determinante “Sí”, una confesión anticipada ya en el Antiguo Testamento. El hecho que ni aun la muerte lograría separación entre Dios y el creyente estaba firmemente enclavado en el corazón y la mente de Pablo. Por otra parte, la vida del creyente nunca iba a separarlo de su Señor.

8.1.2. ni ángeles ni principados ni potestades.

Los ángeles son mencionados con gran frecuencia en ambos Testamentos. En la literatura judía, los principados son ángeles. Los Rollos del Mar Muerto contienen múltiples referencias a los ángeles, especialmente a ángeles malos.

Los nombres de ángeles, las diversas categorías en que debían ser clasificados y la adoración que no se les debía, eran algunos de los temas sobre los cuales los herejes especialmente centrarían su atención.

En el Nuevo Testamento las potestades son incluidas en los agrupamientos de ángeles, es allí donde pertenecen. (Ver estudio de Unánimes “Ángeles y demonios”)

Lo que Pablo dice en el presente contexto es simplemente esto: que aun los ángeles, sean buenos o malos, reales o irreales (estos últimos como referencia a clases de espíritus supra mundanos que existen solamente en la imaginación de la gente), nada pueden hacer para separarnos del amor de Dios en Cristo.

8.1.3. ni cosas presentes ni cosas por venir.

Este agrupamiento es en sentido horizontal de la línea del tiempo. El tiempo, ya sea presente o futuro—el presente con sus problemas, el futuro con sus presagios—nada puede hacer para separarnos del grande y profundo amor con que Dios en Cristo nos sonríe desde lo alto y que de momento a momento nos confiere, perdonando, ayudando y alentándonos en nuestro camino por la vida.

8.1.4. ni lo alto ni lo profundo.

Esta clasificación es en sentido vertical. ¿Nos amenaza el peligro que viene de lo alto? ¿Parece el infierno abrir sus fauces? El hijo de Dios está seguro. Si el tiempo no lo puede separar del amor de Dios, tampoco podrá hacerlo el espacio: ni lo alto, ni lo profundo.

8.2. Ninguna otra cosa creada

El apóstol añade este ente todo abarcador para enfatizar que ninguna cosa de ningún orden será capaz de separar a los creyentes “del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro”.

9. Resumen del Capítulo 8

Desde el inicio hasta el versículo 30 de este capítulo, Pablo desarrolla la idea principal, esto es: A los hijos de Dios todas las cosas colaboran para bien.

Desde el versículo 1 al 8, Pablo explica que en estrecha relación con el párrafo que inmediatamente le antecede—notemos “Gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor”, como también con el contenido de toda la epístola hasta el presente momento, este capítulo

comienza con una exclamación triunfante: “Por tanto, ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús”. La expiación vicaria de Cristo ha quitado la culpa de sus pecados. En lo referente al poder contaminador del pecado, la operación eficaz del Espíritu Santo, que mora en sus corazones y que es la influencia gobernante de sus vidas, los “ha hecho libres de la ley del pecado y de la muerte”.

Dios hizo por ellos lo que la ley, operando por sí misma, nunca podría haber logrado. Debido al pecado, la ley era incapaz de salvar. Pero Dios, por medio de la muerte vicaria de su Hijo, obró la salvación. Lo hizo sin sacrificar de manera alguna la demanda de la justicia divina según la cual el pecado no puede dejar de ser castigado. Solamente aquella gente cuya meta es vivir según las demandas del Espíritu pueden derivar consuelo de esta gran verdad. Por otra parte, aquellos que están “en la carne”, es decir, que permiten que sus vidas sean gobernadas básicamente por su naturaleza humana pecadora, no tienen este consuelo. No pueden “agradar a Dios”.

Desde el versículo 9 al 18, Pablo, dirigiéndose directamente a su auditorio romana, prosigue: “Vosotros, por el contrario, no estáis básicamente bajo el control de la naturaleza humana pecaminosa, vosotros sois gobernados por el Espíritu”, queriendo decir: “Por ello vosotros sois, sin duda, capaces de agradar a Dios, y de hecho, lo hacéis. (Por supuesto, no necesariamente cada uno de vosotros; si alguna persona revela por medio de sus palabras, acciones y actitudes que no desea ser controlado por el Espíritu, esa persona no pertenece a Cristo)”.

Nuestra meta debe ser, entonces, vivir en armonía con la dirección que el Espíritu da a nuestras vidas. Aquellos que lo hacen, verdaderamente vivirán. Los que no lo hacen están condenados a morir. Todos aquellos, y solamente aquellos, cuyas vidas demuestran que están siendo guiados por el Espíritu, son verdaderamente hijos de Dios.

Estas personas no son esclavos sino hijos. El Espíritu añade su propio testimonio a la voz de su conciencia regenerada, dándoles así una doble seguridad de que son hijos de Dios. Y si son hijos, son entonces también herederos. Su testador es Dios. Es él quien les conferirá una gloriosa herencia, una herencia que compartirán con Cristo, quien, siendo el Hijo de Dios por naturaleza, es el principal heredero. Ellos son coherederos, es decir, herederos junto con él. Los que aquí y ahora comparten los sufrimientos de Cristo compartirán más adelante su gloria.

Desde el versículo 19 al 27, Pablo explica que toda la creación subhumana anhela ardientemente el día de esta gloria futura de los hijos de Dios. Así como el gemir de una mujer que tiene dolores de parto indica a la vez dolor y esperanza, del mismo modo lo indica el

gemir de la naturaleza. Es como si toda la creación subhumana estuviese estirando el cuello para ver “la revelación de los hijos de Dios”, porque dicho acontecimiento significará también gloria para toda la creación.

Pero este no es el único gemir que ocurre. “No sólo esto, sino que también nosotros mismos, que poseemos las primicias del Espíritu, aun nosotros mismos gemimos en nuestro interior mientras esperamos ansiosamente nuestra adopción, es decir, la redención de nuestros cuerpos”.

No sólo gime la naturaleza y gemimos nosotros, sino que “el Espíritu también nos ayuda en nuestra debilidad, porque no sabemos qué es lo que debemos orar, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles”.

Tal gemir no es ineficaz. Dios discierne y concede el ardiente deseo del Espíritu para que la plena salvación para el cuerpo y para el alma nos llegue.

Del versículo 28 al 30, el apóstol explica que esto se hace cierto no por el amor de los santos por Dios, sino por su amor por ellos: “... a aquellos que aman a Dios todas las cosas cooperan para bien; es decir, a los que son llamados según su propósito”.

Además, esta cooperación de todas las cosas para bien no es algo que solamente sucede ahora, sino que siempre ha sido así—“Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él pudiera ser el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó—y continuará siendo así: “y a los que justificó, a éstos también glorificó”, es decir “a éstos él muy ciertamente glorificará también”. Tan cierto es este hecho que se usa el tiempo pasado, ¡cómo si ya hubiese sucedido!

Del versículo 31 al 39, Pablo se expande en el concepto: “somos más que vencedores”. “Si Dios está por nosotros, ¿quién está contra nosotros?”

Es Dios quien da. Lo cierto es que Él ni escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros. “¿Cómo no nos dará también con él todas las cosas?”

Del versículo 31 al 34 Pablo nos afirma que es Dios quien perdona. Él borra nuestros pecados tan completamente que ningún cargo sostenible puede ser presentado contra los escogidos de Dios. “Es Dios quien justifica. ¿Quién es el que condena?” La certeza de que nuestros pecados han sido borrados no está, empero, basada solamente en que Cristo murió por nosotros, sino también en que el Padre además le resucitó de entre los muertos, demos-

trando con ello que su muerte había sido aceptada como una expiación totalmente adecuada de nuestros pecados. Para que nuestra certeza sea mayor aun somos consolados por el hecho que el Salvador está sentado a la diestra de Dios. Allí él intercede por nosotros, ocupándose sin cesar de que los méritos de su sacrificio nos sean plenamente aplicados.

Pablo finaliza el capítulo exponiendo, desde el versículo 35 al 39 que es claro, entonces, que Cristo nos ama con un amor del que nada ni nadie puede separarnos. Y es por esta razón que somos “más que vencedores”. No solamente vencedores, de modo tal que las fuerzas que se nos oponen quedan neutralizadas, hechas ineficaces, sino más que vencedores, de modo que la muerte, la vida, los ángeles, los principados, las cosas presentes, las cosas por venir, lo alto y lo profundo, sí, aun toda cosa creada que tiene algo que ver con nosotros opera a nuestro favor ya que en todas ellas, y en la manera en que nos afectan, nos es revelado el amor de Dios que es en Cristo, un amor del cual nadie ni nada podrá jamás separarnos.

10. Conclusión

En este texto, se establecen dos grandes verdades: La primera, Dios nos ha declarado no culpables; por tanto, nadie nos puede condenar. La segunda, Cristo ha resucitado; por tanto, no hay nada que nos pueda separar de Él. Dios nos ha declarado no culpables. Entonces, ¿quién nos puede condenar? Y la respuesta es que Jesucristo es el Juez de toda la humanidad, el único que tiene derecho a condenar pero, lejos de condenar, está a la diestra de Dios intercediendo por nosotros; así que estamos a salvo.

Pablo está diciendo algo maravilloso. Afirma cuatro cosas acerca de Jesús: (a) Que murió. (b) Que resucitó. (c) Que está a la diestra de Dios. (d) Que allí intercede por nosotros. Ahora bien: el primer credo de la Iglesia Cristiana, que sigue siendo la quintaesencia de todos los credos, dice: «Fue crucificado, muerto y sepultado; al tercer día resucitó de la muerte, y está sentado a la diestra de Dios; de allí vendrá a juzgar a los vivos y los muertos.» Tres afirmaciones de la declaración de fe de Pablo coinciden con las del credo de la Iglesia Primitiva: que Jesús murió, que resucitó y que está sentado a la diestra de Dios. Pero la cuarta es diferente. En el credo es que Jesús vendrá como Juez de vivos y muertos. En Pablo, que Jesús está a la diestra de Dios defendiéndonos como nuestro Abogado. Es como si Pablo dijera: «Creéis que Jesús es el Juez que está ahí para condenaros; y bien pudiera, porque tiene derecho. Pero os equivocáis. No está ahí como Fiscal, sino como Abogado encargado de nuestra defensa.»

En un tremendo salto de pensamiento, Pablo contempla a Cristo, no como Juez, sino como Amador de las almas de los hombres. Con fervor de poeta y en raptó de amante, Pablo prosigue cantando que nada nos puede separar del amor de Dios.

Ni la aflicción, ni las penalidades de la vida, ni el peligro. Los desastres del mundo no separan de Cristo al que es Suyo, sino le acercan más a Él. Ni la vida ni la muerte. En la vida, vivimos con Cristo; en la muerte, morimos con Él; y como morimos con Él, también resucitamos con Él. La muerte, lejos de ser una separación, es solamente un paso hacia una más íntima unión; no es el final, sino «la puerta en el Cielo» que nos da acceso a la presencia de Jesucristo.

Los poderes angélicos no nos pueden separar de Él. En aquel tiempo, los judíos habían desarrollado mucho la creencia en los ángeles. Todo tenía su ángel: había ángeles de los vientos, de las nubes, de la nieve, del granizo y de la escarcha, del trueno y del rayo, del frío y del calor, y de las estaciones. Los rabinos decían que no había nada en el mundo, ni siquiera una brizna de hierba, que no tuviera su ángel. Según los rabinos había tres rangos de ángeles: el primero incluía tronos, querubines y serafines; el segundo, poderes, señoríos y fuerzas, y el tercero, ángeles, arcángeles y principados. Pablo se refiere a estos ángeles en más de una ocasión.

Ahora bien: los rabinos creían que los ángeles eran poco amigos de los humanos. Creían que se habían enfadado cuando Dios creó a los hombres; se habían puesto celosos, porque no querían compartir a Dios con otra especie. Los rabinos tenían la leyenda de que, cuando Dios se apareció en el monte Sinaí para darle la Ley a Moisés, estaba rodeado de sus ejércitos de ángeles, que no estaban de acuerdo con que se diera la Ley a Israel y asaltaron a Moisés cuando subía a la montaña y le hubieran impedido llegar arriba si Dios mismo no hubiera intervenido. Así es que Pablo, haciéndose eco de las ideas de su tiempo, dice que «ni siquiera los mezquinos y celosos ángeles nos pueden separar del amor de Dios, por mucho que lo intenten.»

No hay época de la Historia que nos pueda separar de Cristo. Pablo habla de cosas presentes y cosas por venir. Sabemos que los judíos dividían el tiempo en esta era presente y la era por venir. Pablo está diciendo: «En este mundo presente no hay nada que nos pueda separar de Dios en Cristo; llegará el día cuando este mundo será sacudido y amanecerá la nueva era. Pero no importa; porque entonces tampoco, cuando se acabe este mundo y se haga realidad el nuevo, el lazo de unión con Cristo permanecerá.»

Ninguna influencia maligna (poderes) nos separará de Cristo. Pablo menciona específicamente altura y profundidad. Son términos de astrología usados en aquel tiempo por la gente del Medio Oriente. El mundo antiguo estaba obsesionado con la idea de la tiranía de las estrellas. Creían que todas las personas nacemos bajo una cierta estrella que decide nuestro destino. Todavía hay algunos que creen en la influencia de las estrellas; pero en el mundo antiguo era una creencia más general y obsesiva. La altura (hypsóma) era cuando una estre-

lla estaba en su cenit y se suponía que su influencia era máxima; profundidad (hathos) era cuando estaba en su nadir, dispuesta a empezar a ascender y ejercer su influencia en alguna persona. Pablo dice a los que estaban, y a los que están obsesionados con estas cosas: «Las estrellas no te pueden hacer ningún daño. En su subir y bajar son impotentes para separarte del amor de Dios.»

Ni ningún otro mundo nos podrá separar de Dios. La palabra que usa Pablo para otro es “héteros”, que significa realmente diferente. Está diciendo: «Supongamos que, inexplicablemente, como por arte de magia, os encontrarais en otro mundo totalmente diferente de éste. Estaríais a salvo: seguiría envolviéndoos el amor de Dios.» Aquí tenemos una visión que despeja toda soledad y todo temor. Pablo está diciendo: «Podéis pensar en cualquier cosa aterradora que pueda producir este mundo o cualquier otro mundo diferente: ninguna de ellas conseguirá separar al cristiano del amor de Dios que se encuentra en Jesucristo, que es Señor de todo terror y de todo mundo.» En Él se hace realidad la seguridad que anunciaba proféticamente el salmista:

Salmo 27-1:

Jehová es mi luz y mi salvación, ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida, ¿de quién he de atemorizarme?

